

En una "cena con argumento", según referencias de la Prensa (EL PAIS, 31 de octubre, página 26), don Fernando Sebastián, obispo secretario de la Conferencia Episcopal Española, afirmó que los teólogos de la liberación "son buena gente", pero que no son "teólogos de raza", porque no tratan de la Santísima Trinidad y de la muerte de Cristo. Se podría responder que eso no es exactamente, porque teólogos como Jon Sobrino reflexionan sobre la teología trinitaria, tratando de reformular en categorías relacionales lo que el concilio de Calcedonia afirmó en categorías ónticas. Pero no me interesa polemizar sobre este punto. La cuestión es otra.

Da la casualidad de que Jesús de Nazaret no trató nunca de la Santísima Trinidad, sino del Reino de Dios, de las bienaventuranzas y de la "buena noticia a los pobres" (así interpreta Lucas el sentido del Evangelio). El profesor Geza Vermes afirma que, ante una doctrina como la

La pobre 'teología de la liberación'

JOSÉ MARÍA DÍEZ-ALEGRÍA

de Nicea, "jamás sabremos si el propio Jesús habría reaccionado con asombro, cólera o pesar". Sería arriesgado negar de plano la validez de esta observación, que históricamente resulta relevante.

Tal vez habría que decir que el Jesús de carne y hueso era buena gente, pero no era un teólogo de raza. De modo que para un cristiano no ser tenido por teólogo de raza es cosa de poca monta. En cambio, ser buena gente es mucho más importante. Porque, como decía un librito del siglo XV, *Imitatio Christi*, ¿de qué te aprovecha hacer grandes disquisiciones sobre la Trinidad si desagradas a la Trinidad?

Lo que les preocupa a los teólogos de la liberación (y nos preocupa en España a algunos, que no somos teólogos de labo-

ratorio y de pose, como dice con alegre desenfado monseñor Sebastián) es qué significado tiene hoy el anuncio del Reino de Dios que Jesús hizo y que le costó la vida; cuál es la voluntad del Dios de Jesús; por qué caminos podemos seguir a Jesús en el complejo mundo contemporáneo; qué nos pide la fidelidad a Jesús.

Estos temas son radical y medularmente teológicos para una teología cristiana. Más esenciales que las especulaciones trinitarias de los siglos IV y V. Porque Pedro no necesitó de tales intentos de conceptualización para tener fe en Dios, en Jesucristo y en el Espíritu. En cambio, necesitó dejarlo todo y jugarse la vida (y perderla) para seguir a Jesús.

Lo que pasa es otra cosa.

La investigación teológica sobre el significado de la vida, del mensaje y de la muerte del Jesús real, a la luz de la fe en su resurrección, puede conducir a conclusiones poco favorables a los intereses de los ricos y de los poderosos, sean civiles o eclesiásticos. En cambio, unas investigaciones trinitarias abstractas y metafísicas dejan en tranquilo reposo el orden establecido en que los poderosos se encuentran instalados.

La teología de la liberación se lleva bofetadas por todas partes. ¡La pobre! Bofetadas del Vaticano, porque éste, con todas sus virtudes y sus vicios, es innegablemente un imponente *establishment*. Y la teología de la liberación no puede resultarle cómoda. Bofetadas de los intelectuales posmodernos, a quienes las palabras de una esperanza radical

(aunque esté abierta modestamente a la incertidumbre de la búsqueda) les suenan un poco a logomaquias.

Y en esas estamos. Como estaba Pablo de Tarso a mediados del siglo I. Predicando un Cristo crucificado, que es escándalo para unos y necedad para otros.

Yo no creo que los teólogos de la liberación traten de comerse al mundo. Me parece que no intentan hacer del cristianismo la palanca de la historia, con una especie de constantinismo de izquierdas. Son mucho más modestos. Pretenden que la religiosidad cristiana deje de constituir un grave obstáculo frente a los esfuerzos de los pobres por salir de la opresión. Para esto procuran profundizar en la fe en Jesús y abrirse a todos aquellos que tienen de veras hambre y sed de justicia.

Pero no sólo con bellos discursos, sino procurando dar en el callo.

Los pobres.

Jueves 8 de noviembre

Peregrinajes

Viene de la página 9 entre París y Roma. No perdía el tiempo durante estas caminatas; en sus viajes compuso un poema épico en hexámetros latinos. No he leído el poema y supongo que no debe ser muy bueno, pero no hay duda de que escribir en la página de la mente un poema en latín puede considerarse como una actividad legítimamente humana. Cambiar de marchas y pasar del carril rápido al lento no lo es. El padre José podía marcar el ritmo de sus hexámetros con los pies; el motor de combustión interna no evoca ningún metro poético. Yo también he caminado en mis días, aunque no tan lejos como el padre José. He ido y vuelto de Zeebrugge a Berlín, y he compuesto en mi cabeza la partitura orquestal entera de una obra titulada *De Zeebrugge a Berlín*. No se ha interpretado jamás, pero eso no importa. Fue una actividad legítimamente humana, y eso basta.

Volvamos a nuestros peregrinos medievales. La Iglesia acertó al montar sus santos sepulcros, con sus indulgencias y todo, y acertó por razones de tipo secular. El viajar, como la composición de sinfonías o de poemas épicos en latín, es un bien humano, pero únicamente si tiene un objetivo. Si el objetivo se hace lo suficientemente sagrado o mágico, el proceso de alcanzarlo se torna excitante y, consecuentemente, saludable. Como el lector ya sabrá, el santuario de Santo Tomás Becket, en Canterbury, fue una astuta institución del rey de Inglaterra que hizo matar a Becket. Pidió rápidamente su canonización, y Roma la concedió gratuitamente, considerándola un golpe a favor de la autoridad eclesiástica contra un asesino secular, si bien de sangre real. El asesinato Becket se convirtió en una buena inversión. Mantenía abiertos los caminos y fomentaba el turismo. Sólo cuando Enrique VIII, imbuido de fervor pro-

testante, despojó el sepulcro de sus tesoros y detuvo el tráfico de peregrinos, la antigua y saludable práctica del peregrinaje inglés en primavera cayó en desuso. La secularización de la Europa católica convirtió los viajes de la gente sencilla en vagabundeo, cargados de bultos, de las personas desplazadas. Las carreteras se convirtieron en las arterias del tráfico mercantil y de los ejércitos. Se habían acabado las peregrinaciones.

Y, sin embargo, esa línea del poema de Chaucer, *Folks long to go on pilgrimages* ("La gente tiene deseos de ir en peregrinación"), estaba llena de una nostalgia tan fuerte que algunas personas, especialmente los jóvenes, querían recuperar esa práctica, si bien no en los términos de los bienes espirituales que solían conceder. Liverpool, en la costa noroeste de Inglaterra, se convirtió en un centro de peregrinación para los jóvenes adoradores de los Beatles. Eran muchos los que viaja-

ban hasta allí de una forma poco adecuada, por vuelos *charter* o haciendo autostop, y todos ellos se sentían desilusionados al comprobar que no se llenaban de gracia. Pero acudían por gratitud (amaban a los Beatles) y no, a diferencia de los peregrinos que acuden a Lourdes, por un deseo de frustrar la naturaleza y sanar un miembro roto por la simple inmersión en agua sucia. El arte se ha convertido en un sustituto de la fe en nuestra época. Si los jóvenes van en busca del lugar de nacimiento de los Rolling Stones (arte inferior), sus educados mayores van a Trieste, Dublín y Zurich a beber cerveza o vino donde solía hacerlo James Joyce. O van a Stratford-on-Avon, donde comerciantes que en su vida jamás han leído a Shakespeare les venden bustos de plástico del Bardo. Son pobres peregrinos comparados con los de Chaucer, pero en ellos se mantiene el instinto de peregrinación.

John Bunyan, un calderero in-

glés con poca educación, escribió un libro titulado *The pilgrim's progress*, que trata de un hombre, de nombre Christian, que emprende un viaje a la Ciudad Eterna. Aunque el libro trata realmente de los pecadores a los que se encuentra a lo largo del camino: es la picaresca elevada a un nivel sagrado. Y, sin embargo, nuestras más sagradas narraciones de peregrinajes son, en cierto sentido, novelas picarescas: Dante conducido por Virgilio hacia Beatriz; Parsifal en busca del Santo Grial.

Nuestra mejor literatura secular gira en torno a aventuras en un viaje: *Gil Blas*, *Tom Jones*, *Don Quijote*, *Lolita*. El hombre se realiza poniéndose en movimiento hacia una meta sagrada o caprichosa. Pero tiene que sentir que está en movimiento. Las autopistas y los reactores le impiden esa sensación: vivimos en una era muy estática. Y ganamos pocas indulgencias.

Lunes 5 de noviembre